

## LA COLONIZACIÓN DE AMÉRICA Y EL FOMENTO DE UNA CULTURA MESTIZA

CUBA

**José Ramón Fabelo Corzo**

Doctor en Filosofía

Instituto de Filosofía del CITMA, La Habana

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de Puebla, México

Escuela Pedagógica Latinoamericana (EPLA)

El llamado Nuevo Mundo, que tiene como escenario a partir de 1492 a lo que hoy conocemos como América Latina, aloja en su seno la más extraordinaria combinación de culturas y tiempos históricos que jamás se haya producido. Era un mundo en sí mismo muy diverso antes del arribo de los europeos. El establecimiento de la dominación ibérica, lejos de evitar, fomenta la multivariada de manifestaciones socio-económicas y culturales. En una época en la que toda Europa estaba imbuida en el proceso de acumulación originaria del capital y en una gran parte de ella declinaban las relaciones feudales y se abría paso la Reforma, España, al tiempo que se convertía en el primer centro de la acumulación originaria (1), se hacía más feudal y servía de trinchera a la Contrarreforma.

Esta paradójica situación de España en Europa traslada sus efectos hacia América provocando, junto a otros factores, la institución de un modo híbrido de producir y vivir, irreductible a ninguno de los modos conocidos hasta entonces. De España llegan los viejos hábitos feudales de administrar los asuntos, también llegan las nuevas ideas mercantilistas, que se las arreglan para penetrar la rígida coraza feudal. Pero ambas formas de producción tienen muchos obstáculos para abrirse paso. En América no hay ni siervos, ni asalariados. Los miembros de las clases bajas que venían de la metrópoli, rápidamente intentaban, también ellos, convertirse en colonos (2). Es preciso entonces repartir los indios y entregarlos en encomienda para que fuesen enseñados y cristianizados y para que, en pago, trabajen y presten sus servicios a los encomenderos. No hay que decir que lo que más hicieron los indios fue trabajar. Precisamente, debido al excesivo trabajo y por falta de resistencia a las enfermedades importadas, la población indígena comienza rápidamente a disminuir. En muchos lugares hay que sustituirla como mano de obra y, para eso, se trae al fuerte negro africano en calidad de esclavo. Si a todo este panorama se le suma la sobrevivencia de algunas formas singulares de producción indígena (3), se podrá tener una idea del mosaico que representaba el modo de producción latinoamericano.

Toda esa heterogeneidad productiva se enmarcaba, por un lado, dentro de un mundo internacional cada vez más capitalista, que imponía sus exigencias y daba sentido a las diversas formas de explotación colonial y, por otro, dentro de un sistema colonial con

una metrópoli aferrada a formas medievales de pensamiento y de organización política y social. “La sociedad colonial (...) se funda en la religión cristiana, en la fe, en la contrarreforma, en el régimen estamentario, en las jurisdicciones especiales, en la Corona y en el complejo sistema de poderes y contrapoderes, balanzas y contrabalanzas, en una economía híbrida entre el feudalismo y el mercantilismo, y en un sistema jurídico de relaciones sociales en el que están presentes los repartimientos, la encomienda y la servidumbre, y otras formas que lindan con la esclavitud, por un lado, y con el asalariado, por el otro” (4). Esta singular mezcla de formas productivas y de instituciones políticas, jurídicas y espirituales actúa como sustrato social y fuente propiciadora de la integración de diversas influencias culturales. Tan híbrida como el modo de producción colonial es la cultura resultante de la creación de este Nuevo Mundo.

Muchos otros factores se conjugan para hacer de la América ibérica una experiencia de mestizaje cultural sin parangón en la historia. En América se integran no dos, ni tres culturas, sino una cantidad indefinida de ellas. El ibérico que arriba a estas tierras es ya un producto mezclado. Durante siglos España fue puente y frontera del mundo europeo y el mundo oriental, del cristianismo y el islamismo. La conquista y el dominio moro provocaron un mestizaje racial y cultural irreversible en la Península Ibérica. El mestizaje americano no hizo más que continuar el mestizaje original español. Aquí en América, por su parte, existía una variedad enorme de culturas con sustanciales diferencias entre ellas. Los negros traídos del África, cuya cifra se calcula en 12 millones (5), tampoco pertenecían a una única etnia o cultura, ni hablaban la misma lengua. La mezcla es, por tanto múltiple, y no entre dos o tres culturas como a veces, de manera simplificada, se afirma. Son innumerables las fuentes culturales de las que se nutre el latinoamericano. En América Latina sucede ampliamente lo que Nicolás Guillén señalara para Cuba: “se cruzan y entrecruzan en nuestra bien regada hidrografía social tantas corrientes capilares, que sería trabajo de miniaturista desenredar el jeroglífico” (6).

Al mestizaje contribuyó de manera decisiva la actitud del propio ibérico hacia la mezcla. Tanto el español como el portugués, cercanos por sus culturas y unidos bajo una sola corona hasta 1640, arriban a

América con una postura de aparente intransigencia cultural, pero muy dispuestos hacia el cruce étnico. Desean mantener la pureza cultural, pero no ofrecen muchos reparos a la mezcla con la indígena, primero, y con la negra africana, después. Intentan obligar al indígena, al negro y al fruto de su mestizaje a aceptar la “verdadera” religión y cultura, mas lo consiguen sólo en parte. Ni el indígena, ni el negro, “logran librarse” de sus ancestros culturales. El mestizo, más tiempo al lado de la madre y con mayores posibilidades de recibir la influencia educativa de ésta, tampoco puede ser ajeno a la línea cultural materna. A la larga, la pretendida pureza cultural demuestra no ser más que una ilusión.

El propio ibérico cambia una vez que ancla en América. Es imposible reproducir en estas tierras las condiciones naturales y sociales existentes en la península. La cultura no es una entidad abstracta que se forja y mantiene con independencia de esas condiciones. El brusco cambio de panorama tenía que provocar una repercusión cultural, mucho más en el ibérico, con una fuerte tradición cristiana a espiritualizarlo todo. No se trataba de un mero asunto pragmático, como sí lo fue en otros tipos de colonialismo; el peninsular estaba profundamente convencido de su misión cultural y esto lo hacía más proclive a aceptar determinadas influencias culturales de los otros. A fin de cuentas, la labor evangelizadora se llevaba a cabo no con objetos, sino con hombres y mujeres que necesariamente interactuaban en el plano cultural con el evangelizador. “Los misioneros -señala Zea- se vieron obligados a buscar conciliar aspectos de la cultura indígena con la cristiana para lograr mejor la conversión de los infieles” (7). Para ganar espiritualmente hacia su cultura al indio, al negro y al mestizo, el ibérico tenía que hacer cierta incursión en el mundo cultural de aquellos. Y de esta incursión ya no regresaba igual. Cuando algunos de estos peninsulares retornaban a su Madre Patria eran inevitablemente vistos como diferentes por los que antes habían sido sus semejantes.

Si distinto era el español, mucho más lo era el criollo (hijo de españoles nacido en América). A pesar de la relativa “pureza” de su sangre, el criollo es ya un mestizo cultural. Su ámbito cultural es América (o la Indias Occidentales, como entonces se le decía), y no España. No era, como sus padres, portador de una cultura más o menos definida que cambia al arribar a estas tierras. Desde que nace se somete a múltiples influencias culturales, tiene frecuentes contactos con los indios, con los negros, con los mestizos, además de los que, de manera natural, sostiene con los españoles y con otros criollos. En muchas zonas, las negras africanas que proveían el servicio doméstico a los españoles eran también las que cuidaban a sus crías, desarrollando, a pesar de su analfabetismo, una especie de pedagogía negra, por cuya vía se realizaba una importante transmisión cultural de valores (8). Cada nueva generación de criollos era más diferente a sus ancestros españoles. Poco a poco comenzaron a desarrollar una noción de singularidad (más tarde convertida en identidad) que los llevó, a la larga, a encabezar las luchas independentistas contra sus “abuelos” peninsulares.

Tampoco los indios y negros podían permanecer iguales a como eran en la América precolombina o en la lejana África. Eran ellos precisamente los que se sometían a una cultura consciente y sistemáticamente impuesta. En muchas ocasiones hasta sus nombres originales perdían, por su incómoda pronunciación para el español. Resistían, conservaban muchas tradiciones y elementos de su cosmovisión, pero ya necesariamente integrados y conciliados con la cultura dominante. Se apropiaban de la lengua española y junto a la lengua, asimilaban todo un conjunto de valores que tenían en el lenguaje su principal forma de expresión. Comenzaban a practicar la religión cristiana, aunque le incorporaban tantos elementos de su antigua religiosidad que al ibérico le resultaba difícil reconocer como propia la religión que surgía de la interpretación indígena y negra.

Españoles, criollos, indios y negros se hacen todos latinoamericanos con el andar del tiempo. Sin embargo, es el mestizo el que personifica, desde el inicio, la nueva comunidad humana que en América se está gestando. Es él el que le otorga una personalidad particular y distinta al latinoamericano. El mestizo es, de hecho, la más auténtica expresión racial del Nuevo Mundo. Lleva en su sangre y en su piel la mezcla que caracteriza la nueva cultura en formación. Se parece y es distinto a sus padres, como semejante y diferente culturalmente es América en relación con España, con África y consigo misma antes de la conquista. Es el mestizo el que, por su propia esencia, porta lo propio de este subcontinente, es el genuino sujeto creador de los valores latinoamericanos, es el factor decisivo en la conformación de esa entidad geocultural que es hoy América Latina. Él, como nadie, encarna nuestra histórica y contradictoria relación con la universalidad axiológica, nuestra raigal preocupación por la identidad y nuestra legítima aspiración a levantar y proteger un sistema propio de valores ante el permanente asedio y el peligro de monopolización de los valores importados.

Es el mestizo el representante por excelencia de América Latina porque en ella no queda nada igual a lo que fueron sus fuentes culturales originales. Cambia el español, cambia el indio, cambia el negro. El resultado de la simbiosis de culturas no podía ser ya ni europeo, ni africano, ni amerindio. Aunque pueda hablarse de cierta preponderancia de lo español en la mezcla, el producto es totalmente nuevo, es mestizo. Por eso es una ilusión baldía considerarnos puros españoles u occidentales y pretender que es aquella nuestra cultura, aunque de ella hayamos tomado (y sigamos tomando) mucho. También constituye un espejismo aspirar a un regreso cultural a la América indígena e identificar a la voz del indio como la única voz legítimamente latinoamericana. No menos inconsecuente es la lógica que proclama a la cultura negra como centro o que incita a un retorno de los negros al África.

al vez algo de esto fuese posible si lo que se hubiera producido en América fuera una simple suma de razas y culturas. Aquello que se puede sumar también se puede restar. En tal hipotético caso sería factible separar cada uno de los ingredientes raciales y culturales

## Notas

(1) “Las diversas etapas de la *acumulación originaria* tienen su centro, por un orden cronológico más o menos preciso, en España, Portugal, Holanda, Francia e Inglaterra” (C. Marx: “El Capital”. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana 1973, t. I, p. 688

(2) En la América ibérica sucedía algo parecido a lo que le ocurrió a aquel colonialista inglés que, de tanto prever, había traído a su colonia 3000 individuos de la clase trabajadora y, apenas llegó, se quedó sin un criado para hacerle la cama y subirle agua del río. A propósito de esta anécdota, Marx comenta: “li había previsto todo, menos la exportación (...) de las condiciones de producción imperantes en Inglaterra” (Ibidem, p. 702)

(3) En algunas zonas, como en México, los españoles se sirven del orden productivo y social establecido, adecuándolo a sus proyectos (Ver Leopoldo Zea: “Descubrimiento e identidad latinoamericana”. UNAM, México 1990, p. 116).

y retornarlo a su posición de origen. Pero lo que se da en América no es suma, es integración, es una nueva “estructura, no sólo en el sentido de que el producto posee cualidades nuevas, sino en el de que los miembros han perdido, al integrar la nueva unidad, buena parte de sus caracteres” (9). No es suma, como tampoco es yuxtaposición o superposición, aunque esta última haya sido, en buena medida, la intención de la cultura impuesta. Es cierto que las elites dominantes trataron, por lo general, de mantenerse culturalmente inmaculadas, rechazando las expresiones culturales indígenas y africanas, al tiempo que intentaban “aplastar” con su cultura a la del indio y a la del negro (10). Tampoco se puede negar que estos últimos mantuvieron cierta “pureza” cultural dentro de sus respectivas comunidades. No obstante, esta pureza fue, como ya se ha visto, más pretendida que real. Lo que se produjo sobre todo fue síntesis.

La permanencia de determinados núcleos culturales con cierta autonomía no puede servir de contrargumento a la idea de una cultura integrada, sintética y mestiza. No parece lógico tampoco esperar a que éstos en algún momento desaparezcan, ni es deseable que ello ocurra. En una cultura idealmente integrada se debe aspirar a la conservación, respeto y apoyo a toda la rica variedad de formas culturales. El mestizaje cultural no significa la desaparición de las diversas manifestaciones particulares de las culturas ingredientes y su sustitución por nuevas manifestaciones totalmente simbióticas. Estas últimas se dan, pero las primeras también. En tal caso el mestizaje significa la coexistencia de diversos flujos culturales más o menos autónomos que forman, en su conjunto, el haz de la cultura nacional o regional, cultura que ha de reconocerse lo mismo en las expresiones singulares de los ingredientes español, indígena y africano, como en las expresiones mezcladas. Todo ello es mestizaje. La que es mestiza es la cultura nacional o latinoamericana en su totalidad, y no cada uno de sus componentes culturales. Tampoco puede afirmarse que el proceso de síntesis esté concluido. La nueva identidad mestiza no es algo a lo que se arriba en un día. A veces se asume, de manera simplista, el período de las luchas por la independencia como la fecha de nacimiento de la identidad latinoamericana. Esa etapa constituye sin duda un período importante en el proceso de formación de la identidad propia, pero no es *el momento* en que ella surge. La delineación de los ribetes de la cultura mestiza latinoamericana tiene una larga historia pre y pos-independencia. Es un proceso que continúa y al que le queda mucho por andar.

No toma el mismo tiempo el mestizaje cultural que el racial. Este último es alcanzable en el transcurso apenas de una generación. Pero a los efectos de la identidad latinoamericana interesa, más que todo, el mestizaje cultural. A pesar de ser la mezcla de razas un importante factor condicionante, lo que esencialmente caracteriza a un nuevo tipo de hombre es el medio cultural que lo forma, en el que vive y que él mismo continúa forjando. Lo determinante del mestizaje latinoamericano no es el entrecruzamiento racial y sanguíneo que da como resultado colores de la piel y rasgos

faciales intermedios. La elevación del mestizaje al rango de categoría fundamental para explicar la especificidad del ser del latinoamericano no tiene nada que ver con reduccionismos biologizantes. Lo importante es el nacimiento de una nueva cultura, una cultura que se sabe híbrida y que se debate por su autoidentificación. Es la latinoamericana la más nueva de todas las culturas, cuyo proceso de formación continúa, enmarcada (y esto la distingue del nacimiento de otras culturas) dentro de un proceso histórico que es ya universal.

No es únicamente en América Latina donde se ha producido la mezcla cultural. Prácticamente todas las culturas, en su desarrollo, han ido asimilando elementos de otras. La propia cultura europea de hoy sintetiza múltiples fuentes culturales. No obstante, el caso americano es totalmente distinto. La asimilación de nuevas culturas son fases por las que atraviesa el proceso histórico europeo. Pero la de América Latina nace ella misma del mestizaje. Como señalara Alejo Carpentier, nuestra historia es “distinta, desde un principio, puesto que este suelo americano fue teatro del más sensacional encuentro étnico que registran los anales de nuestro planeta (...), el más tremendo mestizaje que haya podido contemplarse nunca” (11). Mestizaje ha habido en todas las culturas, pero en ninguna como en América Latina ha alcanzado el rango de cualidad esencial de una cultura.

Esa cualidad esencial caracteriza a Latinoamérica en pleno, aun cuando el mestizaje no se haya producido de manera idéntica en todas las regiones. Sabido es que se producen distintos tipos de mezclas. Hay lugares donde el indio fue prácticamente exterminado y no pudo aportar ingrediente alguno al mestizaje. Hay zonas donde el componente negro está ausente. Los indios que se mezclaron eran entre sí distintos en diversas regiones. Españoles y portugueses tenían, a pesar de su cercanía cultural, sus propias especificidades, en primer lugar la lengua. Inmigraciones procedentes de otras regiones de Europa y de Asia han tenido un peso significativo en algunos lugares. La proporción en que se funden los distintos ingredientes culturales tampoco es la misma en cada zona. Estas circunstancias hacen que la América ibérica, tomada en su totalidad, sea todavía más mestiza de lo que lo es cada una de las regiones que la integran. Ello refuerza la idea del mestizaje como rasgo distintivo de la identidad latinoamericana. Es precisamente el mestizaje lo que permite reconocer la existencia de una identidad subcontinental, a pesar de las grandes diferencias regionales y de la ausencia de un bloque cultural homogéneo. Por paradójico que pueda parecer, mientras más diversa es Latinoamérica, más idéntica es a sí misma como unidad cultural híbrida y mestiza.

A esta unidad en la diversidad contribuye en grado superlativo el enfrentamiento a problemas históricos comunes (colonialismo, neocolonialismo, dependencia, subdesarrollo) y a fuerzas opositoras también comunes. En buena medida es esa comunidad histórica la que hace para siempre mestiza a nuestra cultura al unir objetivamente (bajo una finalidad suprema: la emancipación) a diversos torrentes culturales con sus correspondientes expresiones étnicas, raciales, clasistas, nacionales y regionales.

(4) **Alejandro Serrano Caldera**: “La unidad en la diversidad. Hacia la cultura del consenso”. Ed. San Rafael, Managua 1993, p. 28

Ver **Arturo Uslar Pietri**: “La creación del Nuevo Mundo”. FCE, México 1992, p. 197

(5) Cit. **Roberto Fernández Retamar**: “Para el perfil definitivo del hombre”: Letras Cubanas, La Habana 1985, p. 86

(6) **Leopoldo Zea**: “Convergencia, especificidades y universalidad de los valores culturales en México”, en “Latinoamérica. Anuario de Estudios Latinoamericanos” 1986, Nº 19, p. 28

(7) Ver **Arturo Uslar Pietri**, ob. cit., pp. 14 y 175

(8) **Risieri Frondizi**: “Ensayos filosóficos”. FCE, México 1986, p. 296

(9) Esta intención de superponer la cultura del dominador a las otras queda ilustrada con harta elocuencia en las pirámides “aplastadas” por las catedrales. Como apunta **Eduardo Nicol**, el ibérico desea eliminar “justamente ‘lo exótico’.

El mestizaje cultural quedaría para siempre ligado al destino histórico de América Latina. No sólo abría la posibilidad de la conservación y desarrollo de los mejores valores contenidos en cada una de las culturas mezcladas, sino que generaba, por el hecho mismo del mestizaje, nuevos valores asociados a la superación de los prejuicios raciales, a la solidaridad interétnica, a la tolerancia ante expresiones culturales distintas, a la creación de nuevas manifestaciones como resultado de la combinación de diferentes fuentes culturales, a la formación de una espiritualidad y una concepción del hombre y de la universalidad histórica que tiende a unir e integrar (y no a excluir) las diferentes expresiones de lo humano.

La dependencia, la carencia de una libertad real, el sometimiento a una universalidad axiológica que se nos impone junto a los lazos de dominación, tanto externos como internos, ha impedido el pleno despliegue de todos estos valores asociados al mestizaje cultural. Mas sus potencialidades siguen abiertas y sus posibilidades de realización crecen paso a paso en un mundo como el de hoy, requerido de una especie de mestizaje universal que otorgue a cada ser humano un lugar digno y justo dentro de lo que cada vez más tiende a ser una única y común aventura humana.

La superioridad axiológica que habría de traer consigo el mestizaje cultural fue avizorada como nadie hace cerca de 120 años por José Martí cuando afirmó: "Interrumpida por la conquista la obra natural y majestuosa de la civilización americana, se creó con el advenimiento de los europeos un pueblo extraño, no español, porque la savia nueva rechaza el cuerpo viejo; no indígena, porque se ha sufrido la injerencia de una civilización devastadora (...); se creó un pueblo mestizo en la forma, que con la reconquista de la libertad, desvuelve y restaura su alma propia (...). Así nosotros,

con todo el raquitismo de un infante mal herido en la cuna, tenemos toda la fogosidad generosa, inquietud valiente y bravo vuelo de una raza original fiera y artística". Y a continuación: "toda obra nuestra, de nuestra América robusta, tendrá, pues, inevitablemente, el sello de la civilización conquistadora; pero la mejorará, adelantará y asombrará con la energía y creador empuje de un pueblo en esencia distinto, superior en nobles ambiciones" (12).

Mas no siempre, ni mucho menos, la mezcla cultural ha sido interpretada como algo positivo. En muchas ocasiones, el autorreconocido mestizaje fue asumido por el latinoamericano como signo de su inferioridad. Mientras que Europa se erigía orgullosa como dueña de la universalidad de los valores humanos, el latinoamericano se veía alejado de esa Europa idealizada debido a su mezcla con el indio y con el negro, razas supuestamente inferiores (13). Además, el ingrediente europeo de la mezcla, el ibérico, tampoco parecía ser el mejor, por la marginación en que éste había quedado en relación con el resto de la cultura europea. "Lo que debía ser visto como expresión de un enriquecimiento (el mestizaje cultural) (...) fue visto como un rebajamiento" (14).

Así de contradictoria sería la toma de conciencia de los valores propios, valores que las circunstancias obligaban a comparar con la imagen de la universalidad axiológica que a diestra y siniestra se extendía por el mundo, imagen que ciertamente se alejaba de lo que resultaban ser muchos de los valores latinoamericanos. El primer proceso emancipador iberoamericano (1810-1825), con la posibilidad implícita de tomar las riendas de su destino histórico, planteó al latinoamericano una trascendental alternativa: rechazar o reafirmar los valores propios de una identidad mestiza. Pero ya ello requiere una reflexión propia, merecedora de un nuevo ensayo.

(10) Por eso sustituye las pirámides con catedrales. No erige catedrales *para él*, al lado de las pirámides que servían *para el indio*. Todos entran en la catedral, todos juntos" ("Meditaciones del propio ser: la hispanidad", en Jorge J.E. Gracia e Iván Jaksic: "Filosofía e identidad cultural en América latina". Monte Ávila, Caracas 1983, pp. 247-248).

(11) Alejo Carpentier: "Ensayos". Letras Cubanas, La Habana 1984, p. 84

(12) José Martí: "Obras Completas". Editorial de Ciencias Sociales, La Habana 1991, t. I, p. 98

(13) Esta actitud ante el negro y el indio se vio reforzada por las ideas de superioridad racial que irrumpieron con fuerza en Europa en los siglos XVIII y XIX.

(14) Leopoldo Zea: "Descubrimiento de América Latina", p. 17

